

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700677716

40-3-31

SUMARIO

DE LOS

PROLEGÓMENOS DE CLÍNICA MÉDICA

EXPLICADOS

EN LA

Facultad de Medicina de Barcelona

POR EL

DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT,

Catedrático de Patología interna y de Clínica médica
de la misma.



Dr. Natalino Rovira y Oliver

BARCELONA.

IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE RAMIREZ Y C.^a

Pasaje de Escudillers, número 4.

1881.

R.179.791

Donativo del Dr. Dr. Rosalino
Rovira y Oliver. 1912

SUMARIO

DE LOS

PROLEGÓMENOS DE CLÍNICA MÉDICA.

LECCION I.^a

Definicion y objeto de la Clínica.

En el sentido pedagógico, entiéndese por Clínica: la institucion oficial ó libre que tiene por objeto el estudio práctico de la Medicina, llevado á cabo por el profesor y sus alumnos ante una agrupacion de enfermos. En el sentido científico, aunque forzando la etimología (*cline*, cama), entiéndese por Clínica: el estudio del hombre constituido en estado de enfermedad, al objeto de buscar el alivio ó la curacion de sus males; y como son múltiples los afectos morbosos, de ahí tantas clínicas, cuantas sean las divisiones artificiales que de los afectos morbosos puedan establecerse (clínica médica, clínica quirúrgica, clínica oftalmológica, etc.).

El problema clínico siempre es concreto, individual, personal; al paso que la Patología entiende de asuntos generales, abstractos muchas veces y hasta convencionales, para beneficiar mejor los frutos de la enseñanza. Ciertó que la Patología deriva de la Clínica, y que, viceversa, para el estudio práctico de la Medicina requié-

rense previos conocimientos teóricos; pero aun siendo tan estrechos estos vínculos, siempre es grande la distancia que los separa.—De ahí los médicos de bufete y los médicos prácticos: pensadores ambos; pero á fuerza de generalizar y de abstraer, con tendencia á la sistematizacion los primeros; al paso que los segundos, siempre delante de los hechos concretos y descarnados, tienden más al doctrinarismo y á veces, lo que es doloroso, se dejan arrastrar por las corrientes del empirismo.... Dichoso el clínico que en el ejercicio de su profesion eminentemente práctica, no vive divorciado de las tareas especulativas: solo de esta manera podrá emprender una marcha ménos vacilante por el escabroso camino de su profesion.

LECCION 2.^a

Su Historia.

Aunque las enfermedades han debido constituir siempre un patrimonio de la humanidad, la Clínica, como instrumento de enseñanza, no hace gala de una historia tan antigua como la de los primeros hombres. Es verdad que, aun dentro del período místico, los Asirios y los Babilonios exponian los enfermos en las puertas de sus casas y en la vía pública, á fin de que los transeuntes los examinaran y dispusieran planes curativos; es tambien positivo que muchos siglos despues, Hipócrates enseñaba en Coos á sus discípulos el ejercicio práctico de la Medicina, ejemplo que fué imitado por la escuela de Gnidia, y que en la antigua Roma se fundó una institucion de enseñanza, siendo Simmaque uno de

sus miembros docentes ; pero como si se necesitara todo el fuego del cristianismo, hasta el siglo VI no se instalaron por Constantino los primeros hospitales, y desde entonces, agrupados los enfermos en verdadera colectividad, quedó ya establecido un material de enseñanza. Sin embargo, centros científicos de cierta potencia fundaron en Asia los mahometanos algun tiempo despues, y mientras corria el siglo XII las escuelas arábigas de Córdoba y Toledo realzaron grandemente el nombre de España.

Pero á Pádua (1543) y á Leyden y Utrech (1643) cupo la gloria de las primeras y formales instalaciones clínicas, y despues fundaron las suyas Edimburgo (1720), Viena (1753), Roma, Florencia, Milan, Pavía, Nápoles y otras ciudades de Italia. Hasta 1794 no se puso Francia al nivel de esta nacion y de Austria, Holanda y Escocia, y un año despues el Dr. Martinez de Galinzo-ga inauguró en Madrid la primera clínica médica, no tardando Valencia y Barcelona en abrir las puertas de sus Colegios, bajo los auspicios del rey D. Carlos IV.

Atraso tanto más lamentable, en cuanto la enseñanza de la Cirugía venia ya cultivándose en estas y otras poblaciones de España desde una época más remota.

LECCION 3.^a

Importancia de la Clínica.

Ningun orden de conocimientos médicos tiene un fin más humanitario que la Clínica, pues su tendencia y su objeto último no son otros que la restitution del hombre enfermo á sus condiciones de salud. Solo la Higiene

que viene á constituir en definitiva un sistema preventivo, la ventaja; pues es más que sabido aquel popular apotegma: *vale más prevenir que curar*.

Si la Clínica asume todos los conocimientos fisiopatológicos, si solicita el concurso de las ciencias físico-químicas y de la Historia natural, y si no puede vivir divorciada, en muchos casos, de los grandes problemas que son del dominio de la Sociología, es porque todo es poco cuando llega el momento supremo de salvar la vida de un hombre. Bajo este supuesto, la Clínica, es decir, la práctica de la Medicina, constituye en toda agrupación humana un elemento indispensable.

De ahí deriva su importancia científica. Los estudios clínicos son el digno coronamiento de las instituciones médicas, no solo porque llevan encarnado en sí mismos un beneficio de alta humanidad, sino porque son la consecuencia natural de las investigaciones anteriores. El encadenamiento de las asignaturas todas, suplementarias unas, fundamentales otras, forman las firmes bases del gran edificio clínico: ningún hecho, ningún dato, ninguna noticia, ningún esfuerzo de experimentación lleva el sello de la inutilidad, pues cuando llega el caso de concentrar el espíritu y fallar un problema clínico nada se desperdicia, todo es utilizable.

Lo que, en otros términos, significa que la Clínica es arte y es ciencia, y que, recordando al esclarecido Cullen, puede decirse que los prácticos verdaderamente juiciosos, los buenos observadores son los que poseen nociones las más vastas sobre la economía animal. Conociendo las teorías, saben en donde pueden detenerse cuando viene el momento de su aplicación.

LECCION 4.^a*Dificultades de la Clínica.*

Si solo se tratara de atesorar muchos y variados conocimientos científicos, si se requirieran solamente muy especiales dotes de inteligencia y de buen sentido, la tarea clínica sería ya por todo extremo difícil y trabajosa; pero las verdaderas dificultades arrancan, en rigor, de otro punto. Los términos del problema los plantea el enfermo, nó el médico; no son voluntarios, no son artificiales, antes bien forzados por la misma naturaleza de las cosas; y como quiera que la esencia de la vida es poco ménos que un mito, como quiera que el modo de ser íntimo de los procesos patológicos es siempre discutible y como por último, y esto es lo más grave, desconocemos el grado de resistencia orgánica de los individuos, de ahí el gran tino que es menester para ir sorteando tantos escollos.

El gran libro de la Clínica jamás queda terminado; su edicion terminará cuando el último hombre; cada día aparecen nuevas modalidades morbosas; la experiencia de ayer no siempre es aplicable al día presente, porque van sensible ó insensiblemente modificándose las condiciones individuales ó tal vez las de los agentes morbosos....: en una palabra, siempre ocurre la duda, siempre la vacilacion. Solo un espíritu superficial que se satisfaga con la simple apariencia de las cosas, podrá galardonearse de que el juicio clínico no es difícil.

LECCION 5.^a*Condiciones personales del médico.*

Es un gran error creer que cualquiera tiene aptitud bastante para el ejercicio clínico; antes al contrario, pocas tareas humanas exigen más requisitos, y estos han de ser de orden *físico, intelectual y moral*.

Condiciones físicas:—Sin ser un Hércules, necesita el médico cierta robustez y una salud á toda prueba. Un trabajo materialmente penoso, diurno siempre y nocturno en muchos casos, que no puede metodizarse ni reglamentarse, que es de todos los momentos y que hasta es de urgencia, se hace incompatible con una salud valetudinaria. Para resistir sin quebranto todas las influencias atmosféricas, y el frío y el calor y la humedad de la noche, y el ambiente mefítico de un país pantanoso ó el de las salas de un hospital ó el que rodea á un enfermo infectado, es menester cierto vigor físico.

El médico enfermizo, no solo se incapacita para el ejercicio clínico en el sentido mecánico y de trabajo corporal, sino que preocupado con sus propios males y presa de ese *tedium vitæ* que experimenta quien ha de violentarse para hacer lo que no puede, no está en condiciones de tranquilidad para los actos intelectuales, siempre rápidos y precisos, que ha de realizar. Pocos hombres mejor que el médico práctico necesitan el *mens sana in corpore sano*.

Si es difícil, dada la índole de la profesion médica, que el Estado dicte reglas para elegir un personal físicamente idóneo, cuiden al ménos los padres, cuiden al

ménos los propios interesados, de disuadir á aquellos que por su endebles física ó por carecer de los requisitos enumerados en las siguientes lecciones, han de vivir imposibilitados de ejercer la profesion médica con el necesario desembarazo.

LECCION 6.^a

Necesidad del gusto, del olfato y de la vista.

Si las apreciaciones clínicas no son posibles sin la prévia percepcion de los fenómenos que ofrecen los enfermos, necesita el médico una más que regular integridad de sus sentidos; de todos juntamente ó al ménos de tres: vista, oído y tacto.

Aunque la experiencia enseña que cuando falta alguno de los sentidos se aguzan los demás, lográndose una suerte de compensacion; tal hecho solo ocurre cuando es la vision la que falta, en cuyo caso el tacto se encarga de transmitir una série de impresiones físicas delicadísimas que contrabalancean la carencia de fenómenos luminosos. Pero aun así, dadas las exigencias de la clínica moderna, bien puede asegurarse que el ejercicio profesional ha de resultar defectuoso y hasta erróneo sin la intervencion aislada ó simultánea de aquellos tres sentidos.

El sentido del gusto es el que en menor grado conduce al diagnóstico. Los adelantos de la química permiten reconocer la presencia de la glucosa en la orina y los productos amoniacaes que en ocasiones filtran al través de la piel, sin necesidad de catar los líquidos de secrecion renal ó cutánea. En cambio ¡cuántas veces

sirve el gusto para asesorarnos de las cualidades de los agentes medicamentosos que los enfermos están usando!

El olfato tiene ya más lata aplicacion, no solo para el exámen de las drogas, sino para recibir impresiones diagnósticas. El olor de la ozena, de la gangrena pulmonar y brónquica, de los esputos aliáceos de la bronco-ectasia, de la orina amoniacal, de los loquios, de la viruela supurada y en desecacion, del sudor tífico, de las cámaras disintéricas, del tialismo mercurial, del cáncer supurado, etc., es por demás característico y basta á veces para establecer un juicio diagnóstico rápido y seguro.

La importancia del sentido de la vista para el clínico es de la mayor evidencia: ningun otro permite apreciaciones de mayor conjunto y ménos engañosas, y si, para el comun de las gentes y en particular para el hombre constituido en sociedad, podria sostenerse que el del oído le aventaja, para el clínico el de la vista es el primer sentido. ¡Cuántas veces solo mirando y viendo queda constituido el diagnóstico, señalado el pronóstico y formulado el plan curativo!

Dicen que el rostro es el espejo del alma, pero bien puede aseverarse que tambien lo es del cuerpo: en la cara se pintan los más de los sufrimientos, y quien tenga la vista habituada al estudio fisiognomónico de los enfermos, adquirirá esa fuerza de penetracion escudriñadora que le permitirá concepciones tan rápidas como el pensamiento mismo. Si en clínica médica se practicara el reconocimiento de todas las regiones del cuerpo quedando vedado el rostro de los enfermos, la vacilacion seria continua y aun más que el diagnóstico, el pronóstico resultaria inseguro.

Pero con la vista no solo se estudia la fisonomía del

enfermo, sino que sirve para apreciar todo el valor de las coloraciones de la piel y de las mucosas; la fuerza de dilatacion y contraccion de las pupilas; el estado de la cámara posterior del ojo; el aspecto de la lengua; el decúbito y las actitudes; el temblor y las convulsiones; el movimiento simétrico ó asimétrico, gradual ú ondulante de la caja torácica; la imagen laríngea y aun muchos otros fenómenos y objetos cuya enumeracion seria prolija.

LECCION 7.^a

Necesidad del oido y del tacto.

La clínica moderna exige la mayor integridad acústica. No se necesita ciertamente hasta tal punto la viveza óptica. Desde que la ciencia se ha enriquecido con los frutos de la auscultacion y de la percusion, queda ya demostrada toda la importancia y la necesidad del sentido del oido. Es materialmente imposible precisar el mayor número de enfermedades de las vías respiratorias, del centro circulatorio y de muchos vasos, sin una buena y concienzuda auscultacion y pleximetría, y como quiera que los ruidos fisiológicos y patológicos no son siempre intensos y rudos, sino, antes al contrario, suaves y sùtiles, de ahí la necesidad de un oido perfecto para apreciar las más simples modalidades sonoras.

No es esto solo: los interrogatorios que ha de llevar á cabo el médico práctico, duro de oido, son por todo extremo fatigosos, porque obligan á repetir las preguntas y cansan á los enfermos; ni puede tampoco el profesor que adolezca de tan grave defecto apreciar las

condiciones fonéticas, ni los caracteres de la tos, que tanto sirven para el esclarecimiento de los diagnósticos.

Es también el tacto un sentido de primer orden. A favor de él se califican los caracteres del pulso y los latidos del corazón, ese barómetro de la máquina viviente; se conocen los grados de resistencia de los tejidos, el estado de la temperatura del cuerpo, la sequedad y blandura de la superficie tegumentaria, sus rugosidades, relieves y blanduras; por su concurso se aprecian las vibraciones torácicas y las fluctuaciones de los líquidos, se distinguen al través de las paredes del tronco las condiciones físicas de diversos órganos subyacentes, y nos formamos cargo del estado visceral más allá de las aberturas naturales del cuerpo.

Pero aun siendo tan grande la importancia que ha de concederse á las impresiones directas recibidas por el intermedio de los sentidos, como que constituyen las verdaderas bases semeióticas, no se crea, sin embargo, que el juicio clínico resultara imposible sin su intermedio, pues á veces basta la relacion verbal ó escrita para formarla, siempre que el relatante sepa describir los hechos como trasunto de la realidad; porque de la existencia ó no existencia de un sér podemos informarnos por nosotros mismos, ó por medio de otros.

LECCION 8.^a

Educacion científica de los sentidos.

No basta que el médico tenga libre y expedito el uso de todos sus sentidos para proceder á la investigacion clínica, pues tanto ó más que esa misma integridad ne-

cesita su perfecta educacion, necesita haberlos acostumbrado á un determinado órden de impresiones para que la apreciacion resulte exacta, y este perfeccionamiento solo se alcanza en virtud del hábito, que es lo mismo que decir en virtud de una suma de actos del mismo género. Puede negarse que el ojo que por vez primera distingue en el espejillo del laringoscopio la imagen laríngea sepa apreciar todas las particularidades del acto, y que el oído que nunca ha auscultado el pecho, sepa distinguir los ruidos cardíacos anormales y la série interminable de estertores. Las primeras aplicaciones de los sentidos siempre son rudimentarias y hasta erróneas; solo á fuerza de repetir los mismos actos se logra aguzarlos y educarlos.

No es lo mismo ver que mirar, y grande es la distancia que separa el escuchar del oír: el profano que se pasea por una sala clínica, mira, pero no ve; escucha, más no oye: esto quiere decir que no solo se necesita la perfeccion de los sentidos y su educacion, sino la ilustracion técnica, el conocimiento científico de lo que las impresiones físicas representan. Fácil es distinguir la amarillez de la piel y su color cobrizo; más fácil aun apreciar la actitud en que el enfermo está colocado; pero solo á los iniciados en los secretos de la Patología les será dable asociar á un acto puramente de sensibilidad, un acto de inteligencia, y dar un valor científico positivo á las impresiones que los sentidos transmiten; así en aquellos casos que sirven de ejemplo asociaremos, casi sin advertirlo, el hecho de la amarillez ó del color bronceado con una lesion del hígado ó con la enfermedad de Addison, y asociaremos el decúbito del paciente á las enfermedades diversas que pueden obligar á mantenerlo.

Así es como debe comprenderse la llamada educación de los sentidos: es una técnica resultado de dos factores, sensorial é intelectual, que se unen y penetran.

LECCION 9.^a

La Física en ausilio de los sentidos del clínico

A pesar de tener los sentidos del médico potencia bastante para apreciar en su justo valor las expresiones sindrómicas de los enfermos, exige la actual ampliacion de los conocimientos científicos que la física instrumental venga en su ausilio para reforzarlos.

Nuestra vista desnuda no alcanza á descubrir todas las particularidades que importa apreciar en los productos de expectoracion, y en otros que se segregan del organismo patológico; ni distingue claramente toda la contextura de los parásitos animales ó vegetales que anidan en nuestro cuerpo; ni mucho ménos llega al extremo de reconocer ese mundo parasitario microscópico que nos envuelve, y la série ya innumerable de materias pulverulentas del triple reino de la naturaleza que tanta accion tienen en el desarrollo y fomento de diversos males: para ello se necesitan *lentes* de potencia, se necesitan los *microscopios*.

No alcanzaria tampoco nuestro órgano visual á percibir la imágen laríngea, la cámara posterior del ojo, la membrana del tambor, el conducto uretral y aun las vísceras contenidas en el abdómen, si la Física no nos suministrara respectivamente el *laringoscopio*, el *oftalmoscopio*, el *otoscopio*, el *endoscopio* y el *esplagnoscopio*.

El oído no siempre es bastante delicado para precisar todas las condiciones de los diferentes ruidos que normal ó accidentalmente se producen en el organismo del hombre; y vienen los diferentes *estetoscopos* á vigorizar la natural potencia de aquel sentido, facilitando las prácticas de la auscultacion; y, por si un día esto no es bastante, estamos en vísperas de ver introducidos en la Clínica los modernos *micrófonos*, que al ampliar hasta lo inverosímil las vibraciones sonoras de los cuerpos, dejarán percibir ruidos que hoy escapan á la investigacion. Pero tal aceptacion deberá hacerse con reservas, porque por lo mismo que á favor del micrófono la intensidad de los sonidos se centuplica, será preciso hacer un cálculo de diferencias cuantitativas entre lo percibido y lo real.

Basta nuestro tacto para apreciar las condiciones del pulso y del latido cardíaco, y para medir la temperatura del cuerpo humano; pero si deseamos adquirir un mayor perfeccionamiento en las investigaciones clínicas, la física construye instrumentos de mayor sensibilidad que nuestra mano y el *esfigmógrafo*, el *cardiógrafo* y el *termómetro* nos suministrarán datos de una grandísima exactitud.

Mas no tildemos de imperfectos nuestros órganos de sensibilidad, que ellos nos dan noticia de algunos fenómenos, cuya apreciacion no es posible por el instrumental físico. El termómetro indicará, enhorabuena, con sin igual exactitud el grado de calor del cuerpo humano; mas nunca podrá decirnos si el calor es *acre*, si es *mor-dicante*, si es *halituoso*: el instrumento inerte mide cantidades tan solo; nuestra mano aprecia diferencias de cualidad.

LECCION 10.^a*Condiciones intelectuales del médico.
Atencion.*

No son pocas las que se necesitan para observar bien y hacerse cargo de los problemas clínicos. Ninguna sobra cuando llegan á constituir por su armónico conjunto, segun el decir del gran Zimmerman, el verdadero talento médico. Atencion, percepcion rápida, juicio reflexivo, memoria feliz, ánimo despreocupado, imaginacion en cierto límite y hasta fuerza intuitiva: de todo esto ha de estar adornado el clínico si quiere sortear los escollos de su profesion.

Atencion.—Si este acto intelectual es la aplicacion de la mente á un objeto, queda significada su importancia: sin ella estamos distraidos, miramos sin ver, y nuestro espíritu hállase en otra parte no haciéndose cargo de aquello que se le muestra. Podrán los sentidos todos estar materialmente dispuestos para sus funciones propias; pero si no atendemos, si no hacemos un esfuerzo de concentracion sobre nosotros mismos, nuestra inteligencia no podrá ampararse de todas aquellas particularidades que por la vía sensorial han de convertirse en base positiva de trascendentales actos psíquicos. Al contrario, conforme dice el inmortal autor de *El Criterio*: un espíritu atento multiplica sus fuerzas de una manera increíble; aprovecha el tiempo atesorando siempre caudal de ideas; las percibe con más claridad y exactitud; y, finalmente, las recuerda con más facilidad, á causa de que con la continua atencion estas se van colocando natu-

ralmente en la cabeza de una manera ordenada.... Con la atencion, añade, notamos las preciosidades y las recogemos; con la distraccion dejamos quizá caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.

Para atender bien un objeto ó, en nuestro caso, una manifestacion morbosa cualquiera, no solo se necesita el bienestar corporal que más atrás queda ya recomendado, sino una calma de espíritu la más completa: el hombre que viene excitado por una dolencia física ó quebrantado por una pasión de ánimo que le conturba, es materialmente imposible que, sin un gran imperio sobre sí mismo, se halle en la plenitud de condiciones necesarias para una provechosa atencion.

LECCION II.^a

Percepcion y juicio reflexivo.

Aplicada ya la mente á un objeto, nos hacemos cargo de todos los caracteres que lo constituyen por medio de otro acto intelectual que se llama percepcion; y hé ahí como insensiblemente se dan la mano y se eslabonan las operaciones de orden puramente físico y de orden intelectual, dejando á un lado para nuestro caso el eterno discutir de los ideólogos acerca de si las ideas son ó no distintas de la percepcion. Mientras nuestro dedo pulsa la radial, *percibimos*, prévia la atencion, la dureza ó la blandura del vaso, su retractilidad ó su fuerza expansiva, su ritmia ó aritmia, su igualdad ó desigualdad; mientras dirigimos atentamente la mirada al globo ocular, *percibimos* la blancura, la amarillez ó el sonrosado de la esclerótica, la brillantez ó la opacidad de la

córnea, la movilidad del iris, las reducciones y los agrandamientos del campo pupilar.

Y así, reuniendo por medio de la percepcion impresiones dispersas, se agrupan en la mente ideas de conjunto y formamos juicios; lo cual marca la distancia que existe entre un acto puramente físico y un trabajo intelectual. Esto explica por qué de dos alumnos con igual perfeccion sensorial y hasta si se quiere, con igual atencion, percibe uno perfectamente todos los detalles y se eleva con rapidez á una conclusion sintética, al paso que el otro, por percibir malamente y por carecer de un juicio reflexivo, no interpreta, no califica los hechos, se le escapan tal vez las particularidades más importantes, y si sabe analizar no sintetiza, porque tambien el análisis tiene sus escollos.

El médico clínico no solo ha de estar dotado de excelente percepcion y de buen juicio para no desperdiciar el fenómeno que parecerá más baladí, sino que ha de realizar aquellos actos con tanta viveza como rapidez, mas no á expensas de la exactitud, porque las circunstancias pueden ser apremiantes, lo ocasion fugaz y tal vez no haya tiempo que perder. Del propio modo que el hombre de guerra necesita percibir con la misma velocidad del pensamiento todas las circunstancias del enemigo que tiene frente á frente, para ordenar precipitadamente un plan de ataque ó de defensa; el médico, en sus luchas con la muerte, tiene necesidad de esas concepciones veloces para dar la vida á uno de sus semejantes. ¿Quién de otra suerte podrá con segura mano vencer las intoxicaciones violentas, dominar la apoplejía cerebral, disminuir los rigores de la angina de pecho?

LECCION 12.^a*Importancia de la memoria.*

Muy premiosamente ejercerá la práctica médica quien no posee una memoria feliz.

Para aquilatar el valor de los síntomas, interesa el pronto recuerdo de todos aquellos actos patológicos que pueden determinarlos, para marchar enseguida en busca de los demás fenómenos que la experiencia propia ó adquirida ha enseñado que son más frecuentes; por manera que, en cada caso, se ha de recurrir al arsenal de la memoria para encontrar pruebas de juicio. Al ver un enfermo icterico, v. g., es de necesidad que recordemos los múltiples afectos morbosos que producen la amarillez (catarro de las vías biliares, cálculos hepáticos, hepatitis parenquimatosa de la cara cóncava, cirrosis insular, atrofia aguda del hígado, fiebres biliosas, alteraciones de la sangre, etc.); al observar un hemoptóico interesa no olvidar las variadas enfermedades que pueden determinar espectoraciones de sangre (tubérculos, masas caseosas, quistes hidatídeos del pulmon, roturas de vasos aneurismáticos, ateromas de las arterias bronquiales, disoluciones de la sangre, etc.): sin estos recuerdos á todas las cuestiones similares, los juicios diagnósticos son imposibles.

Aumenta por otra parte todos los días el señalamiento de nuevos hechos clínicos, de nuevas experimentaciones, de nuevos signos diagnósticos, de nuevos casos raros que establecen excepciones de la regla general; y como quiera que los juicios clínicos se hacen de ordina-

rio en el acto mismo de visitar el enfermo, cuando no es posible revisar páginas, ni ojear textos, de ahí la necesidad de que lleve siempre el médico impreso en su memoria, el recuerdo de un sinnúmero de hechos y de conceptos que en cada instante tienen aplicacion.

¿Y qué diremos del gran material terapéutico que importa no echar en olvido, con esa multitud siempre creciente de nuevos remedios, con su dosificacion precisa, y con sus compatibilidades é incompatibilidades físico-químicas y fisiológicas?

LECCION 13.^a

Animo despreocupado.

Hé ahí sino la mejor la más principal condicion que en el orden intelectual debe adornar á todo médico práctico: ¡pero, cuán pocos se pueden librar de esa triste tutela que se llama preocupacion del espíritu, verdadera rémora de las ciencias, manantial abundante de error! El hombre dominado por una preocupacion, dice Balmes, no busca ni en los libros ni en las cosas lo que realmente hay; sino lo que conviene para apoyar sus opiniones. Y lo más sensible es, que se porta de esta suerte, á veces con la mayor buena fé, creyendo sin asomo de duda que está trabajando por la causa de la verdad. La educacion, los maestros y autores de quienes se han recibido las primeras luces sobre una ciencia, las personas con quienes vivimos de continuo ó tratamos con más frecuencia, su estado ó profesion y otras circunstancias semejantes, contribuyen á engendrar en nosotros el hábito de mirar las cosas siem-

pre bajo un mismo aspecto, de verlas siempre de la misma manera.

Haciendo aplicacion de esas verdades á nuestro caso concreto, nunca se recomendará bastante al médico que ha de ejercer una carrera, siempre de aplicacion individual y concreta, que procure desposeerse de todas las exageraciones de escuela; que no viva afiliado á ninguno de los sistemas médicos militantes, ya que la experiencia enseña que los hechos podrán ser inmutables, pero que las explicaciones de los mismos varian segun el prisma al través del cual queremos mirarlos; que no olvide que los sistemáticos que han pretendido dar una clave explicativa de todos los fenómenos bio-patológicos, se han ido sucesivamente desacreditando, y que ha caído Broussais y ha caído Brown, como caerá Hanheman y caerán cuantos paladines se esfuercen en reedificar sistemas ó en inventarlos de todo punto nuevos, cosa ya difícil; y que sepa, al propio tiempo, que si nos fuese conocida la esencia de las cosas, podríamos asentar proposiciones universales, sin ningun género de excepcion; pero como el hombre dista grandemente de poseer penetracion tanta, de ahí que por lo comun solo es posible hablar de los problemas patológicos con relacion á las propiedades que están á nuestro alcance, y es por tal concepto que ha podido decirse con entera verdad, que la ley causal es la unidad y la fenomenal el infinito; que una debe ser la esencia de la cosas y múltiples sus accidentes.

Todo lo cual dista mucho de significar excepticismo filosófico y ni siquiera eclecticismo: quiere decir sí, que la buena observacion, que los juicios frios, desapasionados y *a posteriori*, que la experiencia heredada por medio de lectura de buena fuente, que la experimentacion



fisio-patológica que se contraiga á los resultados de los hechos, y no á ideas preconcebidas, han de ser las bases y los instrumentos de la Clínica. El médico de bufete si tiene talento dará rienda suelta á la imaginacion, derribará un sistema, creará otro y así podrá llegar al absurdo como á la concepcion más atrevida; para él, el pensamiento es libre y la ciencia nunca quedará limitada. El médico práctico, como encarcelado en prision celular, siempre deberá contraerse á las exigencias fisiológicas y patológicas del individuo que tiene enfrente. No es el médico el artifice que puede crear la enfermedad á su antojo; es el mismo enfermo que, tirano, le dice: ante mí has de doblegarte.

LECCION 14.^a

Imaginacion.—Inspiracion.—Intuicion.

Decir que la imaginacion es «aprension falsa ó juicio y discurso de alguna cosa que no hay en realidad ó no tiene fundamento,» no es del todo exacto: tal vez está más en lo cierto Littré cuando afirma que la imaginacion se caracteriza por el poder de crear á favor de las ideas adquiridas ó de las innatas, otras ideas ordinariamente compuestas, lo que supone la posesion de concepciones sintéticas y comparativas ó de generalizacion.

El punto de partida de los actos imaginativos puede tener existencia real, mas no así los juicios que de él derivan; de ahí que la imaginacion, cuando no marcha en sus vuelos armónicamente relacionada con los demás actos intelectuales, sea muy pobre en resultados positivos. El poeta, el músico y el pintor encuentran en la

imaginacion una fuente inagotable de conceptos artísticos; pero el médico, que debe atenerse á los hechos concretos, tales como son y no como deberian ser, se colocará á cada momento en una pendiente peligrosa si se deja llevar en alas de su fantasía.

El ejercicio de nuestra profesion más pertenece á aquellas ciencias que Virrey llamaba reflexivas que á las imaginativas; bien que no es posible desconocer que teniendo la clínica su parte artística, el médico dotado de viva imaginacion podrá lucir brillantemente en la academia, en la cátedra y aun en el libro, por el vistoso ropaje con que adornará sus lucubraciones, por su frase aguda y por la fuerza de comparacion. Pero no siempre sus concepciones resistirán el escalpelo de la crítica seria y desapasionada, sino descansan sólidamente en los hechos de experiencia y de observacion.

No pretendo significar por tal cosa que en nuestra ciencia todo lo hace el discurso; ya que, á semejanza de lo que ocurre en otros conocimientos humanos, á veces los grandes pensamientos son hijos de la inspiracion, de esa luz instantánea que brilla de repente en el entendimiento del hombre, sin que él mismo sepa de donde arranca. Si se analizara el verdadero origen de muchas conquistas biológicas, clínicas y terapéuticas, tal vez llegaría á descubrirse que no fueron hijas de la casualidad, ni del frio cálculo, sino de esa suerte de automatismo de la inteligencia que se llama fuerza de inspiracion.

Dichoso quien la posea y más dichoso aun quien pueda lucir lo que se llama talento intuitivo, por que este concuerda mejor con la índole eminentemente práctica de nuestra profesion. La intuicion no es la improvisacion, no es tampoco un esfuerzo imaginativo: es, como dice un autor ya citado, ver sin esfuerzo; tener á la vista un

objeto inundado de luz, cuando los demás están en tinieblas. En virtud de la diversidad de talentos, el médico vulgar mira, escudriña, observa, da mil vueltas al asunto clínico, y perdido en un dédalo de conjeturas no puede llegar tal vez á una afirmacion, sino á la duda; y, en cambio, el profesor dotado de fuerza intuitiva se ampara de un solo síntoma, de un gesto, de una actitud, y con una rapidez que asombra, forma un concepto que ya en el mismo acto de nacer tiene vigor incontrastable.

LECCION 15.^a

*Moral del médico clínico:—Honradez.—
Trato amable.—Inconvenientes del amor
propio exagerado.*

Ni con ser tantas las condiciones que de órden físico é intelectual necesita poseer el médico para dedicarse con fruto al ejercicio de su profesion, bastarian á este propósito, sino se enlazaran con muchas otras de órden superior, moral, de las que es imposible prescindir. *Vir probus, medendi peritus*: no basta, nó, que el profesor conozca los más recónditos secretos de la ciencia, que si no es probo, sino viene protegido por la armadura de una conducta acrisolada, difícilmente podrá representar en el seno de la sociedad el brillante y humanitario papel que tiene señalado.

Como la mujer de César, no le basta al médico ser honrado, sino que ha de parecerlo. El médico, siendo un hombre como todos los demás y expuesto de consiguiente á todas las flaquezas de la naturaleza humana,

ha de representar sin embargo, dentro del foro de su conciencia y en el seno de la familia y en el de la sociedad, un verdadero sacerdocio. Ser continuamente el blanco, por parte del vulgo, de una crítica tan mordaz como estúpida, y tenerla que sufrir con resignacion ó al ménos con aparente indiferencia; ser el poseedor de mil secretos de familia y tener que guardarlos aun á trueque de la propia honra; andar revuelto entre las pasiones humanas y saber resistir los apetitos del sensualismo; tener que arrostrar peligros personales y hacer el sacrificio de la propia existencia, rompiendo con los afectos de las personas más queridas, con el fin de dar la vida á sus semejantes; todo esto, dígase lo que se quiera, no podría realizarse, llegaria el momento de la duda y de la vacilacion, si el médico, penetrado de la trascendencia de la mision que ha de cumplir, no se presentase ante la sociedad escudado con grandes virtudes.

En trato continuo con todo el mundo, con el rudo y descortés y con el urbano y afectuoso, con el sabio y con el ignorante, con el hombre de mundo y con el sencillo y desconfiado, necesita el médico una blandura, una pastosidad de carácter para saber armonizar y establecer relaciones de atraccion con clientes de tan distintas estofas, que no admira que algunos prácticos no puedan buenamente amoldarse á tan variados caracteres.

Guárdese el médico de tratar con esquisita cortesanía á unos y con brusquedad notoria á otros, solo porque no han nacido en la misma cuna; para el médico de corazon, para el que en su pecho solo anide sentimientos generosos, no hay ley de castas; todos los hombres son iguales en el lecho del dolor; solo se trata de hermanos que gimen, nó de categorías sociales diferentes.

Tan íntimas han de ser las relaciones que se establezcan entre el médico y sus clientes que, para que estos lleguen á depositar en aquel toda su confianza, importa que el facultativo sea llano y hasta humilde en el trato social, y que procure hasta donde sea dable desposeerse de toda exageracion del amor propio y, todavía más, de esa afeminacion del orgullo que se llama vanidad. Estimable es el amor propio encerrado dentro de cierto límite, porque nos da entereza para el sostenimiento firme de nuestros actos; pero si lo exageramos, corremos el riesgo de perjudicar al enfermo, pues nos induce á desoír el prudente consejo de los demás.

Del orgullo nace la terquedad, ese empeño en que prevalezcan las propias ideas. Nada más lamentable: en el ejercicio clínico importa no despreciar la opinion ajena, antes al contrario, atenderla, para hacer su crítica y aceptarla ó desecharla despues de madura reflexion.

LECCION 16.^a

Veracidad, reserva y valor personal del médico clínico.

En nuestros actos clínicos hemos de rendir culto muy fervoroso á la verdad. Podrán ser erróneos nuestros juicios; pero que nunca se nos inculpe por mala fé. No hay términos bastante duros para acriminar á los que intencionalmente forman juicios exagerados de las cosas, al objeto de realzar su mérito propio. Diagnosticar, por ejemplo, de un crup verdadero lo que es tan solo una laringitis simple ó una estridulosa, para darse fama de haber curado en pocas horas un *garrotillo*; hacer

alarde, v. g., de poseer un secreto para hacer abortar en su camino una fiebre variolosa ú otra enfermedad cíclica, es en realidad repugnante. De ese escarnio á la verdad, nacen estadísticas falsas y una infinidad de aseveraciones que despues, á la cabecera del enfermo, resultan erróneas. Que no se diga, pues, que en nuestros tiempos todo se falsea, y que hasta en el comercio científico hay sofisticaciones.

Aun es más grave mentir en detrimento de la fama y buen nombre de nuestros colegas: eso de querer levantar el prestigio de los actos propios, deprimiendo el de los ajenos, estará tal vez muy al uso, ya que la miseria humana conduce á los mayores dislates, pero nunca lo censuraremos bastante.

Ya que las familias depositan en nosotros toda su confianza y hasta nos hacen partícipes de sus secretos, contraemos ante el público y ante nuestra conciencia, la estrecha obligacion de ser reservados y circunspectos. Largamente han discutido los médico-legistas hasta que extremo hemos de guardar los secretos que se nos confían; pero ya que no siempre, por fortuna, se trata de asuntos graves y trascendentes que importa reservar á todo trance, de todos modos no se eche en olvido que los clientes gustan poco de que el facultativo vaya pregonando sus achaques. Ciertó que algunas veces el interés científico así lo reclama, pero en tal caso, cuando la manifestacion pueda redundar en perjuicio de alguien, cuídese al ménos de cubrir el relato clínico con el velo del anónimo.

El médico que pretenda entregarse al ejercicio de su profesion debe estar armado de cierto valor personal, de aquella presencia de ánimo que se necesita para librar continua batalla con los elementos de la muerte.